

Tintero

Historiadores heterodoxos

Álvaro Matute

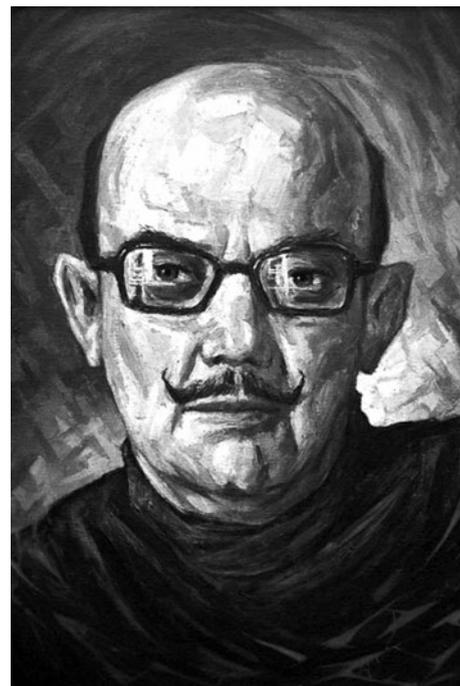
*En recuerdo de José Fuentes Mares,
a 30 años de su partida*

Para ser heterodoxo es necesario dominar la ortodoxia. El medio académico se vanagloria de hacerlo, a veces en beneficio de la calidad del producto; a veces, con resultados contraproducentes. Me refiero, sobre todo, a la metodología. Dominarla es esencial. La heterodoxia puede aparecer en el estilo, principalmente, lo cual puede implicar altas dosis de ironía en el tratamiento de un tema o un personaje, o simplemente adoptar actitudes lúdicas, siempre mal vistas por la gravedad de los académicos ortodoxos. Es posible que José Fuentes Mares sea el historiador mexicano que incursionó más en el terreno de la heterodoxia. Pocos tan lúdicos como él.

Para proceder cronológica y generacionalmente, antes que él Edmundo O’Gorman dio muestras de heterodoxia. Lo hizo en su clásico *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, libro que carece de notas al pie de página, por ejemplo. Y, sin embargo, todo en él tiene sustento. Otro acto de apartamiento de la gravedad lo cometió en su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia, en el cual, para manifestar la sorpresa causada por el levantamiento insurgente de Hidalgo, dijo que equivaldría a que en 1964, cuando pronunció el discurso, Justino Fernández se levantara con los barrenderos de la Ciudad de México en un acto insurgente. También fue heterodoxo en el terreno de la interpretación histórica. Fue a contracorriente de la historia oficial, lo cual si bien no es heterodoxo en el método, sí lo es en cuanto a contravenir un supuesto consenso que no se sostiene del todo por sí solo.

En este último terreno, Fuentes Mares fue campeón. Su inclinación lo llevó al bando de los perdedores, al consagrar un libro a Miguel Miramón, pero, sobre todo, don José se permitió hacer híbridos sensacionales en *Las Memorias de Blas Pavón*, *La Revolución Mexicana. Memorias de un espectador* y *Las mil y una noches mexicanas*. En estos, su apartamiento de la ortodoxia es total. Mezclas de historia y ficción, no son novelas históricas sino, acaso, historias noveladas o, al menos, salpicadas de sabrosas dosis de ficción que descansan sobre una base de rigor historiográfico regido por sus puntos de vista. Pero aun en sus libros *serios* hay en el estilo y en los enfoques sus buenas dosis de heterodoxia. Véase, si no, su *Santa Anna. Aurora y ocaso de un comediante*, para no llegar al extremo de *Don Sebastián Lerdo de Tejada y el amor*, o el citado *Miramón el hombre*, basado en la correspondencia del Joven Macabeo con su novia y luego esposa Concha Lombardo. Para el tiempo en que fue escrito eso se apartaba de los cánones de la historiografía al uso y se cedía hacia el sospechoso rumbo de la biografía, entonces condenada por los fanáticos de las estructuras.

Luis González fue otro gran heterodoxo. En su magnífico *Pueblo en vilo*—que un analfabeto calificaría de ilegible— se permite colocar en la bibliografía a Rulfo y Arreola y, gran herejía, a *Los supermachos* de Rius. Su prosa ágil y desenfadada lo hace gran practicante de la heterodoxia, así como su propensión al diálogo con sus lectores. Para referirse a un texto mío, dice tranquilamente “Álvaro Matute estaba muy contento en 1979” para referir mi entusiasmo por los que entonces consideré —ya no— avances de la práctica histo-



José Fuentes Mares

riográfica en México. Don Luis, seguidor espiritual del gran transterrado Ramón Iglesia, alabó el rezongo del público ante la historia académica, en su discurso de ingreso a El Colegio Nacional. Con la práctica heterodoxa procuró acercarse a otros lectores que no fueran los del gremio. Si hay duda acerca de su dominio de la ortodoxia metodológica, ahí está su magnífico *El oficio de historiar*.

Dentro de las generaciones jóvenes (tal vez ya no tanto), destacan Rafael Torres Sánchez y Mauricio Tenorio Trillo. El primero, en un libro muy poco leído por haber sido publicado fuera de la muy noble y leal..., *Revolución y vida cotidiana: Guadalupe, 1914-1934*, al discutir si la marcha del tiempo es lineal o cíclica, aventura que en realidad es como el juego de la oca. Se avanza, se retrocede, se cae en el pozo o en la cárcel o se da el impulso del vuelo que lleva a avanzar en los caminos previamente trazados. Tenorio, por su parte, en *Historia y celebración*, propone, para explicar el ascenso y caída de las valoraciones de los próceres, que eso es como las series de foquitos navideños que duran poco encendidas completamente. Pronto se pueblan de foquitos fundidos de manera discontinua. Los creyentes en la linealidad del tiempo histórico bien harían en tomar en cuenta la oca o los foquitos navideños para entender mejor cómo se mueve la historia. **U**